

AGENDA CIUDADANA

NUESTRO CAMBIO Y EL MUNDO EXTERNO

Lorenzo Meyer

¿Y los Estados Unidos?.- Desde el siglo XVI, todos los cambios significativos experimentados por la sociedad mexicana -políticos, económicos, sociales y culturales- han sido influidos directa e indirectamente por factores externos. De igual manera, y por las mismas razones, ese mundo externo -simbolizado por España primero, Gran Bretaña y Francia después y, finalmente, por Estados Unidos- ha sido también uno de los límites a la voluntad de cambio de los mexicanos. Es evidente que la votación del pasado 6 de julio fue el momento culminante de un proceso de transformación política que se venía gestado desde hace, por lo menos, treinta años. En este gran cambio ¿qué papel ha jugado la influencia del exterior?. De entrada se puede afirmar que uno no muy positivo. En efecto, en los últimos treinta años, el factor externo ha contribuido sistemáticamente a retrasar la transformación del régimen político mexicano. Sin embargo, hoy, ese factor esta empezando a operar en sentido inverso o, al menos, así parece.

El Cambio.- Como muy bien lo señalara Enrique Semo, las elecciones del 6 de junio de 1997 han sido las primeras realmente auténticas en todo el siglo XX mexicano (*Proceso*, 20 de julio). Es verdad que aquellas que en 1911 que dieron la presidencia a Francisco I. Madero, fueron libres, pero también es verdad que tuvieron serias limitaciones. En primer lugar, no fueron directas; luego, el candidato presidencial, aunque popular, no tuvo competidor -el general Bernardo Reyes abandonó el campo de

los votos para irse al que se suponía que conocía mejor: el de las balas- y en todo caso se llevaron a cabo al calor de la violencia que acababa de derribar al viejo régimen de Díaz.

Desde 1913 y hasta 1997 -84 largos y humillantes años-, los procesos electorales nacionales sirvieron para varias cosas, menos para decidir quienes habrían de ocupar los puestos irónicamente llamados de "elección popular". En contraste, en 1997 y por primera vez, los resultados electorales no estuvieron predeterminados; hubo competencia real, no en condiciones de equidad pero si menos inequitativas que nunca antes; la participación promedio de los ciudadanos fue considerable -60%-, y si bien las armas tuvieron alguna presencia -las del EZLN, el EPR y la militarización del sur del país- no estuvieron en el centro de la escena. Desde luego que una parte de aparato del partido de Estado volvió a mostrar su tradicional voluntad de fraude -el dinosaurio no ha muerto-, pero esta vez ya no lograron revertir la tendencia nacional. Es verdad que Manuel Bartlett y el resto del llamado "sindicato de gobernadores" lograron mantener al viejo sistema en sus respectivos feudos del sur atrasado de México, pero a nivel nacional ya no tuvieron la fuerza para repetir el gran fraude del 88 ni para sostener las condiciones de inequidad de la campaña del 94. Es posible, pues, que 1997 sea el año en que la sociedad mexicana empezó, por fin, a desembarazarse del sistema político que se formó como resultado de la Revolución de 1910, movimiento que enarboló la divisa del "sufragio efectivo" pero que terminó por traicionar su origen.

La Reacciones Externas, Breve Historia.- En 1910 el mundo externo se mostró muy complacido con la dictadura de Porfirio Díaz -la importancia de las delegaciones extranjeras en las fiestas del centenario de ese año dan fe de ello-. Por ello, las potencias con las que México mantenía relaciones económicas reaccionaron negativamente frente al movimiento democrático que expulsó a Díaz de su presidencia perpetua. La reacción europea, encabezada por Gran Bretaña, fue clara y tajante: la sociedad mexicana no estaba aún apta para la democracia y había que presionarla para que volviera cuanto antes al efectivo sistema de mano dura, de ahí el apoyo entusiasta en 1913 a la dictadura del general Victoriano Huerta. La reacción norteamericana fue más compleja y contradictoria; en un principio, el embajador de Estados Unidos encabezó la ofensiva contra el presidente Madero, pero tras su derrocamiento y asesinato, el gobierno de Washington, que en ese momento cambió de manos -de republicano pasó a demócrata- modificó su orientación y exigió la renuncia de Huerta y la celebración de elecciones libres. ¿La razón?: la nueva presidencia encabezada por Woodrow Wilson consideró que sólo un gobierno y un régimen civiles y legítimos y no una dictadura militar garantizarían la verdadera estabilidad, la de largo plazo, del vecino del sur.

La presión externa sobre Huerta fue uno de los factores que acabaron con el único intento real de establecer una dictadura militar en México. Sin embargo, no sería sino hasta finales del gobierno de Plutarco Elías Calles, cuando el régimen revolucionario y nacionalista pudiera llegar a un acuerdo de

fondo con Estados Unidos primero y con el resto del mundo después. La estabilidad postrevolucionaria no era democrática pero tampoco dictatorial sino producto de un autoritarismo con amplia base social y por ello resultó muy superior a la porfirista. Probada su capacidad de control, las grandes potencias entreveraron sus intereses con los de la élite política revolucionaria y los de sus sucesores. Fue un acuerdo de conveniencia que habría de durar setenta años.

Desde Calles hasta Ernesto Zedillo, la política norteamericana frente al régimen mexicano ha marcado el tono conque el resto del mundo se ha relacionado con nuestros gobiernos. El régimen de partido de Estado y de presidencialismo fuerte, fue la fórmula exacta para satisfacer el interés externo en México pues dio como resultado la estabilidad más prolongada en la América Latina del siglo XX. Washington entendió la naturaleza real del régimen postrevolucionario y aceptó el aire nacionalista que imprimió a su política externa, y nunca prestó oídos a aquellos personajes y movimientos que a lo largo de los años ofrecieron construir una alternativa política democrática a la dominación del PNR-PRM-PRI. No los escuchó cuando se trató de opciones conservadoras y pronorteamericanas, como fueron las que encabezaron el general Juan Andrew Almazán o Ezequiel Padilla, menos cuando fueron nacionalistas o con tendencias a la izquierda, como resultaron ser José Vasconcelos, Miguel Henríquez Guzmán o Cuauhtémoc Cárdenas.

1988 y 1994.- En 1988 culminó un proceso de insurgencia electoral nacional que venía gestándose desde el inicio del

decenio. Fue el primero desde 1952. El gobierno norteamericano, que entre 1983 y 1986 había visto con buenos ojos el incipiente bipartidismo que ofrecía el PAN en el norte, no dudo ni por un segundo en volver a lanzar en 1988 todo su apoyo en favor del *status quo* político, entonces representado por Carlos Salinas...y por el fraude electoral. Al joven tecnócrata de Harvard se le declaró un modernizador sin par y se le apoyó política y económicamente, en tanto que a Cuauhtémoc Cárdenas se le hizo sentir el impacto de un anticomunismo que, aunque disminuido, aún estaba activo. Las elecciones competidas de 1991 y 1994 ya no se caracterizaron tanto por el fraudes como por su extrema inequidad, la cual tampoco causó mayor problema a un Washington que ordenaba invadir Haití en nombre de la democracia pero que de tiempo atrás había decidido llamar demócratas a los gobiernos priístas en México, especialmente después de haber firmado con ellos un Tratado de Libre Comercio.

Rendimientos Decrecientes.- De tiempo atrás, la vieja costumbre del gobierno norteamericano de calificar al mexicano como democrático había encontrado resistencias en el mundo académico, en la prensa, en las organizaciones no gubernamentales y en el congreso de Estados Unidos, pero a partir de 1994 esa resistencia aumentó y los responsables de la política mexicana en Washington tuvieron que tomarlos en cuenta. Los indicadores que mostraban que el autoritarismo mexicano ya no era garantía de estabilidad surgieron en Chiapas con el estallido de la rebelión zapatista, continuaron con los asesinatos dentro de la cúpula gobernante y siguieron con la torpeza e irresponsabilidad que

provocaron el hundimiento de la economía en 1995 y obligaron al presidente Clinton a gastar capital político para facilitar un préstamo de emergencia de 12, 500 millones de dólares a su colega mexicano. La matanza de Aguas Blancas en Guerrero en 1995 y la aparición de un segundo movimiento armado: el Ejército Popular Revolucionario ahondaron las dudas. La gota que pareció derramar el vaso de la paciencia norteamericana, fueron los escándalos de la familia Salinas -hasta ese momento, Clinton seguía empeñado en hacer de Carlos Salinas el presidente de la flamante Organización Mundial de Comercio y el *Wall Street Journal*, en tenerlo entre sus directivos-. En el mismo sentido operó la enorme corrupción gubernamental propiciada por el narcotráfico y ejemplificada por el caso del encargado de la lucha contra las mafias de narcotraficantes: el general Jesús Gutiérrez Rebollo.

Para 1997 sólo quien estuviera ciego en Estados Unidos, Europa o Japón, no veía lo que los críticos habían señalando de tiempo atrás: que el autoritarismo mexicano había entrado en la etapa de los rendimientos decrecientes.

Tiempo de empezar a abandonar el barco del PRI.- Ya sin las razones de la guerra fría y el anticomunismo, el presidente Clinton, en su visita a México en 1997, rompió con los precedentes al decidir que, como parte del protocolo, debería entrevistarse con los jefes de los dos partidos de oposición real: PAN y PRD. Ya en vísperas de las elecciones del 6 de julio, la prensa norteamericana dejó saber, sin mayor alarma, que Cuauhtémoc Cárdenas, el líder del centro izquierda mexicano, podría ganar la elección para jefe de gobierno de la capital

mexicana y convertirse en "el segundo hombre más poderoso de México" (*Newsweek en Español*, 9 de julio). En esas mismas fechas, (4 de julio) *The New York Times* explicaba un par de días antes de las elecciones que millones de mexicanos, afectados por las crisis económicas, se preparaban a votar en contra del PRI. El mismo diario no esperó a la confirmación oficial, y con las encuestas de salida aceptó el triunfo de Cárdenas y la pérdida de la mayoría absoluta del PRI en la Cámara de Diputados (7 de julio). Un día después, el periódico neoyorquino calificó los resultados de la jornada electoral de 1997 como históricos y justificó la reacción del electorado mexicano como natural en una situación de "pandemia de corrupción oficial"; con su voto en favor de la oposición, los mexicanos buscaban "poner fin a la larga impunidad que han tenido los políticos del Partido Revolucionario Institucional" (8 de junio).

Ni en los círculos gubernamentales norteamericanos o europeos, ni en sus medios masivos de información, ni tampoco en los mercados internacionales, hubo una reacción adversa a la pérdida de posiciones del PRI y, por tanto, de la presidencia mexicana. Las dudas del PRD sobre el Tratado de Libre Comercio fueron comentadas por los medios norteamericanos pero ya sin alarma. En realidad, la aparición de un verdadero sistema electoral y el posible arraigo de un sistema tripartidista en México casi fue recibido con alivio por aquellos actores extranjeros que, en cierta medida, ya se habían convertido en rehenes del viejo autoritarismo mexicano. A ojos de las potencias externas, el PRI y su sistema se habían vuelto unos aliados

incómodos. El apoyo a un régimen de partido de Estado era ya injustificable en términos morales en tiempos de la democracia y también en términos prácticos, pues su supuesta eficiencia hacía tiempo que se había tornado en lo opuesto: ineficiencia, corrupción, desmoralización, polarización social e ilegitimidad.

En Suma.- la historia de México muestra una y otra vez que la influencia externa ha sido un factor importante en propiciar o retrasar el cambio, pero a final de cuentas pocas veces ha resultado ser el factor determinante. Culpar al imperialismo de todos nuestros males, como lo solía hacer el maestro Vicente Lombardo Toledano, puede resultar reconfortante psicológicamente pero es, en realidad, una salida falsa. Las razones básicas de nuestros atrasos y problemas en el siglo XX, son locales. Es verdad que el mundo externo ha sabido usar las actuales deformaciones de la sociedad mexicana en su beneficio, y en ese proceso ha contribuido a mantenerlas e incluso a ahondarlas, pero el superarlas sigue estando en nuestras manos.

La democracia mexicana aparece hoy con un retraso considerable. La falta de instituciones democráticas, y por tanto de una tradición de negociación civilizada de las diferencias entre los actores políticos, constituye hoy el peligro mayor para la consolidación y avance de lo logrado en y hasta el 6 de julio. Sin embargo, si el nuevo régimen finalmente echa raíces entre nosotros, entonces el trato con los actores externos se basará en la normalidad democrática, es decir, no en lo predecible de la vieja *pax priista*, sino en lo imprevisible dentro de un marco general claro y legítimo que es el Estado de Derecho propio de la

vida democrática. No es una mala perspectiva, sobre todo si se considera que puede darle una nueva fuerza y dimensión a una política exterior que hoy simplemente está a la deriva, sin objetivos claros y sin respaldo social.

